

**SAN MARTÍN, PAPA Y MÁRTIR**  
**Es el último de los Papas Mártires**  
**A.D. 646 – A.D. 654**

**Día 13 de abril**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**N**ació San Martín en Todi, ciudad de Toscana. Fue de familia muy calificada por su nobleza, pero mucho más ilustre por haber dado á la Iglesia de Dios un Pontífice tan santo. Cultivaron sus padres el ingenio del hijo con el estudio, y el Espíritu Santo tomó posesión de su corazón. Era de cuerpo airosamente dispuesto; pero su modestia hizo más hermosa á su alma en los ojos de Dios. Dejábase ver el pudor como retratado en su semblante, y la pureza del corazón le salía á la cara en su modesta compostura. Hallóse filósofo hábil y aventajado, y no por eso dio en el escollo de la vanidad. Supo ser sabio sin ser orgulloso. Su modestia derramaba en su sabiduría cierto resplandor, que le hacía brillar más. Consagró su erudición, consagrándose él mismo á los altares. Profesaba á la verdad aquel vivo amor que está pronto á derramar la sangre, cuando es necesario, para defenderla, no deseando vivir sino para Jesucristo; pero como la divina Providencia le tenía destinado para el gobierno de su Iglesia, le dilató la corona del martirio, á fin de que la mereciese con sus trabajos y con el ejercicio de la paciencia. Habiendo muerto el Papa Teodoro, fue colocado San Martín en el trono pontificio por unánime consentimiento de los votos. Llenó de gozo al Emperador, al Senado y al pueblo una elección tan juiciosa, gustando ya anticipadamente la felicidad que todos se prometían en el gobierno del nuevo Pontífice de Jesucristo. No se engañaron: tenía entrañas de verdadero pastor para con

todas las ovejas que el Señor había puesto, por decirlo así, debajo de su cayado. Era dilatado el seno de su caridad, y en él hacía lugar á todos. La liberalidad le abría las manos para regar el campo de la necesidad, haciendo que corriesen al seno de los pobres los bienes que Jesucristo le había confiado para aliviar sus miserias. A los buenos religiosos los miraba con ternura, y recibía con admirable agasajo á los extranjeros. Después de haber ayunado todo el día, dedicaba á la oración gran parte de la noche. Procuraba enderezar a los que se descaminaban, y cuando los veía reconocidos y arrepentidos de sus defectos los consolaba, asegurándoles la misericordia del Padre Celestial, que no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Era un perfecto retrato de Jesucristo, soberano Pastor de nuestras almas. Gozaba entonces la Silla Apostólica de mucha paz, y los fieles descansaban á la sombra de un padre común tan caritativo; pero los herejes excitaron una tormenta tan deshecha, que hubiera corrido peligro de naufragar la fe de aquéllos, á no gobernar la nave un piloto tan diestro como vigilante. Confundían los monotelitas las operaciones en Cristo, defendiendo que no había en él más que una sola voluntad, sin rendirse á creer que en cuanto Dios tiene voluntad divina, y en cuanto Hombre una voluntad humana. Había publicado el emperador Constante un edicto con nombre de *typo* ó de *formulario*, en que, con el pretexto de cortar disputas, igualmente prohibía decir ó enseñar que había dos voluntades en Cristo, como que había una sola; con cuyo arbitrio, favoreciendo á los herejes, dejaba sin libertad á los católicos para volver por la verdad. Luego que tuvo noticia de la exaltación de San Martín, no se descuidó en enviarle el *typo*, suplicándole que lo aprobase y confirmase con su apostólica autoridad, como providencia necesaria para poner fin á las perniciosas disputas que se habían suscitado en el imperio sobre puntos de religión; pero,

penetrando muy bien el Santo Pontífice que el tal *typo* no era más que un sagaz artificio inventado por la política para descargar el golpe contra la integridad de la fe, insinuando en los ánimos el veneno del monotelismo, respondió generosamente que antes perdería mil vidas que aprobar semejante escrito; y que cuando todo el mundo se desviase de la doctrina de los Santos Padres, que todos reconocieron en Cristo un adorable compuesto de dos naturalezas enteras y perfectas, él jamás se apartaría de ella, sin que ni promesas, ni amenazas, ni tormentos, ni la misma muerte fuesen capaces de hacerle ser infiel al depósito de las verdades de la fe que se le habían confiado. Después de una respuesta tan precisa y tan expresiva de la integridad de su fe, para cortar de raíz el mal que amenazaba á la Iglesia convocó en San Juan de Letrán, lo más presto que pudo, un concilio de ciento y cinco obispos, en el cual, sin acobardarle ni dársele nada por la indignación del Emperador, condenó su *typo* juntamente con la herejía de su abuelo el emperador Heraclio, y declaró excomulgados á todos los que la siguiesen. Después escribió á todos los Obispos de la Iglesia Católica una carta circular llena de vigor apostólico, acompañándola con las actas del concilio que se había celebrado. Confirió el Emperador el gobierno de toda la Italia á Olimpo, con expresa orden de arrestar á todos los obispos que rehusasen admitir, afirmar ó defender el formulario de fe que se contenía en su edicto, pero muy particularmente á San Martín. Hizo Olimpo varias tentativas para dar gusto al Emperador; pero halló á toda la clerecía de Italia tan adherida á la fe ortodoxa, que nada pudo adelantar por este lado; en vista de lo cual concibió el detestable intento de quitar la vida al santo pontífice al mismo tiempo que fuese á recibir de su mano la sagrada comunión. Mandó, pues, á un paje suyo (¡qué horror!) que le alargase la espada cuando estuviese en el comulgatorio para recibir la Hostia consagrada; pero hay un Dios protector de la inocencia. El paje quedó

repentinamente ciego, sin poder discernir á San Martín, cuando dio á Olimpo la comunión. Así lo aseguró después él mismo con juramento. Mas no por eso se rindió el Emperador; antes, irritado cada día más contra la Iglesia romana por la constancia con que se oponía á todo lo que era contrario á la fe, hizo gobernador de Roma á Teodoro Galliopas, dándole por asociado á otro Teodoro, gentilhombre de su cámara, y encargándolos mucho que sobre todo se apoderasen del Papa. Halláronle en la iglesia de San Juan de Letrán, santamente empleado en cantar las alabanzas de Dios. Salióles al encuentro, acompañado de gran número de fieles y de toda su clerecía, la cual, sin tener miedo al gobernador, esforzando la voz, decía estas palabras: *Anatema á todos los que dijeren ó creyeren que nuestro santo pontífice Martín haya alterado ni el más mínimo artículo de la verdadera fe. Anatema también á todos aquellos que no perseveraren hasta la muerte en la fe ortodoxa.* Galliopas era político, y disimuló por entonces; pero á poco se apoderó del santo pontífice, sin dar lugar á sus clérigos ni á sus criados para poderle defender. Fue conducido á Messina, y desde allí á la isla de Najos, donde padeció muchas miserias. Desde allí le llevaron á Constantinopla, donde, después de ultrajes inauditos, que los mismos gentiles se horrorizarían de hacer sufrir á la cabeza de la Iglesia Católica, fue encerrado en una estrecha prisión, con orden de que ninguno lo supiese. Tres meses estuvo en ella sin hablar á persona viviente, y el mismo día de Viernes Santo le llevaron delante del Senado, no pudiéndose mover él por su extrema debilidad. Compareció, pues, delante del presidente, el cual le dijo: *Habla, miserable, y di: ¿qué mal te ha hecho el Emperador? ¿Se ha apoderado de tus bienes? ¿Has recibido de él alguna injuria?* No respondió el Santo palabra. Citáronse testigos falsos que le acusasen: entraron en la sala, recibióseles juramento sobre los Santos Evangelios, y depusieron contra él conforme á lo

que se les había sugerido. Pero como en todas sus declaraciones no se podía encontrar cosa substancial contra un hombre santo, los obligaron con amenazas á deponer contra él delitos capitales. Salió del Senado el tesorero mayor para dar cuenta al Emperador de su negociación. Mientras tanto, los ministriles expusieron al Santo en medio de la plaza pública; después le llevaron á una eminencia donde estaba el Senado, y donde el Emperador le podía ver desde su cuarto. Estando aquí el tesorero mayor, doblando los insultos y el desprecio, le dijo con fiereza: *Ya ves que Dios te ha entregado en nuestras manos por haber conspirado contra el Emperador: tú abandonaste á Dios, y Dios te abandonó á tí.* Mandó después que le quitasen las insignias de su dignidad; sólo le dejaron la túnica, y ésta se la rasgaron de arriba á abajo por el medio: echáronle una cadena al pescuezo, con la cual le arrastraron á un cabalozo, y una hora después fue conducido á otra prisión. El día siguiente fue el Emperador á ver al patriarca de Constantinopla Pablo, que se hallaba enfermo muy de peligro. Refirióle lo que se había ejecutado con el Papa, y el Patriarca, volviendo la cabeza á otro lado, exclamó con un profundo suspiro: *¡Desdichado de mí, Dios mió! Con esto se llenó la medida de mis pecados.* Sorprendido el Emperador de aquella reflexión, le preguntó la causa; y Pablo respondió: *Pues qué, ¿no es cosa lamentable tratar de esa manera á un obispo?* Suplicóle después que no pasase adelante, y que se contentase con lo que había hecho ya con el santo prelado. ¡ Ah, y á qué distinta luz se miran los objetos en la hora de la muerte! En fin, el santo pontífice fue desterrado al Quersoneso, ¡ y cuánto tuvo que padecer en aquel destierro! Pero Dios, dice el Profeta, proporciona los consuelos á los trabajos; cuanto más se padece hacia afuera, mayor es el consuelo que se experimenta hacia adentro. Como San Martín tenía tan tierno amor á la Iglesia, oraba y ayunaba para alcanzar de su Esposo las gracias que había menester en

aquellos días de tristeza. Pero viendo que cada día iba perdiendo más y más terreno, y conociendo que ya estaba muy cercana la muerte, escribió al clero de Roma una carta en que le daba cuenta de lo que padecía por la religión en defensa de la integridad de la fe, despidiéndose de él, y exhortándole á librarse del veneno mortal de la herejía. Después de haber hablado así á los presbíteros de Roma, estando ya para consumir su sacrificio, habló á Dios de esta manera: *Pastor eterno de los fieles, Jesucristo, mi Salvador y Señor mío, bien sabéis lo que he padecido hasta aquí por vuestro amor: poned fin á mi destierro, descargadme de este cuerpo mortal, para que vaya á cantar en vuestra santa Casa vuestras eternas bondades. Yo os encomiendo el rebaño que pusisteis á mi cuidado: acordaos, Señor, que es precio de vuestra sangre, y conquista de vuestro amor; dignaos protegerle por los méritos del príncipe de vuestros apóstoles San Pedro; haced que experimente los efectos de vuestra gran misericordia contra los esfuerzos de las potestades infernales que le pretenden devorar:* oración muy correspondiente al carácter de un buen pastor. Nunca fue más abrasado su amor á la Iglesia que cuando estaba para perder la vida. Habiendo combatido como héroe este glorioso mártir de Jesucristo, pasó á disfrutar en el Cielo de aquellas palmas que nunca se marchitan, regadas siempre con eternas é incomprensibles delicias. Sucedió su muerte el día 12 de Noviembre del año 654.

## **SAN DIEGO DE ALCALÁ, CONFESOR**

**N**ació al mundo San Diego en la villa de San Nicolás, diócesis de Sevilla, en el reino de Andalucía. No tenían sus pobres padres con qué hacerle una gran fortuna; pero le inspiraron el santo temor de Dios, que vale más que todos los tesoros. Tomó Dios posesión de su tierno corazón, y el Espíritu Santo fue su guía desde su

infancia. Por esto desde ella amó el retiro y la oración. Hízose desde entonces reparar y estimar por su inclinación á las cosas espirituales, por su modestia, por su abstinencia y por su pureza de costumbres. El mismo Espíritu Santo le desvió del comercio del mundo, para que no perdiese en la juventud la inocencia que había reservado en la niñez. Fue Diego á entregarse á la dirección de un virtuoso sacerdote, que estaba retirado en una ermita no lejos de San Nicolás, dedicado enteramente á ejercicios de penitencia y de mortificación. En aquella soledad hizo nuestro Diego una vida santa, desprendida de todo afecto terrestre, meditando las verdades de la salvación, orando incesantemente. Manteníase de limosna, y, para evitarla ociosidad, el tiempo que le dejaba libre la oración y los demás ejercicios espirituales lo empleaba en algún trabajo de manos, pero sin que el mismo trabajo interrumpiese su oración. Hiciese lo que hiciese, siempre tenía á Dios en la boca y en el corazón. No vendía lo que trabajaba, porque había renunciado el dinero; pero regalaba con ello á los que le daban limosna, en muestra de agradecimiento, negándose generosamente á recibir lo que le ofrecían en consideración de esto mismo y no era absolutamente preciso para socorrer su necesidad. No pocas veces repartía con otros pobres la limosna que le daban. Llegó á tanto su desinterés que, habiendo encontrado una bolsa en un camino, ni aun se dignó levantarla. Era tanta su humildad, que recibía con gozo todo lo que le podía hacer despreciable á los ojos de los hombres. Procuraba tener á raya el cuerpo, el alma y los sentidos con el freno de una continua mortificación. Por su atención, por su vigilancia, por aquella celosa circunspección con que estaba siempre muy dentro de sí mismo, logró evitar las sorpresas del enemigo de la salvación. El mismo espíritu de vigilancia con que espiaba continuamente todos sus pasos y movimientos le abrió los ojos para conocer los lazos que armaba el mundo á la

**inocencia y quiso librarse de ellos. Pidió ser recibido en la religión de San Francisco, y lo consiguió, pretendiendo para lego por ser hombre sin letras, y porque aquel estado favorecía más á su humildad. Desde luego cumplió con la mayor exactitud la Regla. Resplandecía en humildad, pobreza, mortificación, caridad cristiana; en fin, fue un nuevo modelo del Santo Patriarca. Entregóse de tal manera á la obediencia, que para él eran todos superiores suyos. Veneraba en las órdenes de sus prelados las del mismo Jesucristo; obedecía á aquéllos como obedecía á Este, reconociendo que de la autoridad de Este dimanaba la de aquéllos. Era la voluntad de Dios su única regla, y nada quería fuera del orden de la suprema voluntad. Para él eran indiferentes todos los empleos: cualquiera ocupación que trajese el sello de la voluntad de Dios, era para Diego muy estimable; pero sin este sello, por grande, por acomodada que fuese, ni le movía, ni la apreciaba. Sus penitencias eran asombrosas, y su vida como un continuado ayuno. Trataba á su carne con el mayor rigor, y no estaba contento mientras no la veía toda cubierta de sangre.**

**Pareciéndole un día de invierno que se había excitado en ella algún ardor de concupiscencia, se arrojó intrépido á un estanque de agua helada, manteniéndose en él hasta que faltó poco para que se extinguiese el calor natural juntamente con el de aquel otro ardor forastero. La pobreza universal, que tanto encomendaba y practicaba tanto el patriarca San Francisco, la amó siempre de tal manera , que se podía decir no tenía otra cosa que el roto hábito que traía á cuestras, el rosario y un libro de meditaciones y oraciones. Aun esto poco no era suyo, y solía decir que no tenía cosa propia sino el pecado, que procuraba destruir continuamente. Pero, en medio de esta extremada pobreza personal, parecía rico y poderoso respecto de los prójimos; porque su caridad, siempre industriosa, le sugería medios para socorrer las**



más apuradas necesidades. Los superiores de la Orden, juzgándole para más que para el trabajo corporal y de manos, le hicieron guardián del convento de Fuerteventura, en una de las islas Canarias. Encontró en aquel país muchos idólatras, y, considerándose obligado á ganarlos para Jesucristo, padeció los trabajos de un apóstol, y recogió también los frutos. Quedaron en la isla pocos infieles que no abriesen los ojos á la luz de la fe; y, animado de este feliz suceso, formó un nuevo plan de conquistas apostólicas, y pasó á la Gran Canaria, donde hasta entonces no se había oído hablar de Jesucristo, dispuesto á derramar su sangre por anunciar su Evangelio; pero tenía Dios otros intentos, y no permitió que abordase á ella.

Redújose, pues, á cultivar la isla de Fuerteventura, y luego que acabó de conquistarla fue llamado á España, donde volvió cargado de frutos de una abundante cosecha, y trajo también consigo el don de milagros, con que ordinariamente favorece Dios á los que honra con el carácter de apóstoles. Estando el Santo en Sevilla, un muchacho, por huir el castigo de su madre, se escondió dentro del horno, y se quedó dormido. La madre, sin saber, ni aun imaginar, que su hijo pudiese estar en el horno, le llenó de leña y le encendió. Despertó el muchacho con el calor de la llama, lloró, gritó; pero ya no era tiempo de poderle socorrer; el fuego era violento, se había apoderado de todo el horno, y no era ya posible salvar al niño. La afligida madre, desesperada con el dolor, salió por las calles dando alaridos como una loca, y acusándose de que había sido homicida de su hijo; dispuso la divina Providencia que San Diego se hallase á la sazón cerca de su casa; consolóla como pudo, y, enviándola á que hiciese oración delante del altar de nuestra Señora, se fue derecho al horno con su compañero, y seguido de innumerable gentío. ¡Cosa asombrosa! Ya casi se había consumido toda la leña, y,

sin embargo, el muchacho salió del horno sano y libre, sin que las llamas le hubiesen hecho la más mínima lesión. Era patente el milagro, del que fueron testigos innumerables personas, y el muchacho fue llevado á la capilla de la santísima Virgen, donde su madre estaba haciendo oración por él. Vistiéronle de blanco los canónigos en reverencia de la misma Señora, y desde entonces se hizo muy célebre aquella santa capilla, concurriendo á ella gran multitud de infieles á implorar la protección de la Madre de los afligidos. Otros muchos milagros hizo San Diego, por ser en él muy abundante la gracia de las curaciones; pero el mayor de todos los milagros fue su misma vida. El objeto más ordinario de su oración era la pasión de Cristo; en ella meditaba continuamente, teniendo un crucifijo en la mano, siendo algunas veces tan vehemente la fuerza de su amor, que se quedaba extático y elevado en el aire. Nada le movía tanto como la vista de aquella sagrada víctima sacrificada en el monte Calvario á manos de su mismo amor. Pero cuando pasaba del sacrificio cruento del Calvario al sacrificio incruento del altar, se duplicaba el incendio en su amante corazón, enternecido con la consideración de tan estupendo beneficio del Esposo Celestial. Un Dios hecho alimento del hombre, era el objeto de su pasmo y el sustento de su amor, cuyas llamas ardían más encendidas cuanto más se apacentaba del Dios del amor; y, al paso que más se nutría con la divina sustancia del eucarístico pan, cobraba su espíritu más vigor y se abrasaba en mayores incendios su amoroso corazón. A la devoción que tenía con el Hijo correspondía la que profesaba á la Madre; pues no es posible una devoción sin la otra. Es Jesucristo la fuente de las gracias, y María es el canal. Colmónos Cristo de beneficios, comunicando á nuestra humanidad los tesoros de su misma divinidad; pero María es la Madre de ese Hombre-Dios que nos enriqueció. Profesaba, pues, nuestro Diego un tierno amor á María;

venerándola como á su Asilo, á su Patrona, su Abogada, su Consuelo y su Esperanza. Ayunaba en honra suya todos los sábados á pan y agua; celebraba sus fiestas con espiritual alegría; rezaba todos los días el Rosario con tanta devoción y con tanto respeto, que se conocía muy bien estaba penetrado de la grandeza de María, y que estaba hablando con la Madre de su Dios. Era tan grande el concepto que se tenía de su santidad, que sólo se le conocía por el nombre del *Santo*. Al fin de su vida, Jesucristo, Varón de dolores, quiso refinar su virtud con el fuego de los trabajos. Envióle un absceso en un brazo, sumamente doloroso, que le duró hasta la muerte. Estando una noche muy malo, perdió de tal manera el uso de los sentidos, que todos le reputaron por muerto; pero, volviendo en sí de aquel éxtasis, exclamó tres ó cuatro veces: ¡ Oh, qué hermosas flores hay en el Paraíso! Sintiendo que se le iban acabando las fuerzas, se fortaleció con los Sacramentos de la Iglesia, y, pasando á ser total el desfallecimiento, se rindió á la naturaleza, y murió la noche del sábado 12 de Noviembre del año de 1463. Sus últimas palabras fueron aquellas que canta la Iglesia en honra de la Cruz: ¡Dulce madero, dulces clavos! ¡Cruz adorable, que sola tú fuiste digna de llevar al Rey y Señor de los Cielos y de la Tierra!

## **SAN MILLÁN DE LA COGULLA, CONFESOR**

**L**a *Vida* de San Millán, monje, que otros llaman Emiliano, la escribió San Braulio, Arzobispo de Zaragoza y discípulo de San Isidoro; del cual, y de los Breviarios antiguos de España, sacaremos lo que aquí se dirá.

Fue San Millán de la tierra de Kioja: siendo mozo era pastor, y guardaba ganado; entreteníase, como suelen los pastores, en tañer un rabel; y con la dulzura de aquella música rústica aliviaba su trabajo y desechaba el

**cansancio de la soledad. Al son de este su instrumento se quedó un día dormido, y nuestro Señor le dio en el sueño tal gusto espiritual, que despertó con nuevo menosprecio de todas las cosas de la tierra y vivo deseo de las del Cielo. Fuese luego al yermo en busca de un santo ermitaño llamado Félix, que moraba en el desierto, para ser enseñado en aquella vida que quería seguir. Félix le enseñó, y mucho más el Señor invisiblemente, alumbrándole é inspirándole como á hombre que ya había escogido para doctrina y ejemplo de otros.**

**Apartóse después á vivir en una soledad, cerca del lugar llamado Birgegio; pero como era amigo de la quietud, y la mucha gente que venía á buscarle le estorbase su santo reposo, determinó meterse más adentro, en lo más alto y más áspero de un monte, llamado entonces Destercio. En aquel yermo perseveró cuarenta años, apartado del trato y comunicación con los hombres, mas muy acompañado y regalado de consolaciones angélicas.**

**No pudo esconderse tanto San Millán que el resplandor de sus grandes virtudes no lo descubriesen y le hiciesen conocer. Tuvo noticia de su santidad Didimo, Obispo de Tarazona; mandóle llamar, y casi por fuerza le ordenó de sacerdote y le mandó servir en la iglesia de Birgegio. Obedeció, y comenzó á hacer su oficio con tanta exactitud y cuidado, procurando desarraigar de aquella iglesia la codicia de los clérigos, y los malos usos que de ella nacen, que algunos clérigos no lo pudieron sufrir, y acusaron á nuestro Millán, como á hombre disipador de los bienes de la Iglesia, delante del Obispo Didimo; el cual, creyendo fácilmente lo que le habían dicho, reprendió al Santo ásperamente y, como á culpado, le quitó el cargo de la iglesia. No se turbó con esta tribulación San Millán; antes, como árbol bien plantado, se arraigó más en la humildad y en la**

penitencia, y en el deseo de darse más y más á la contemplación y al sosiego de su alma; y así se retiró á un lugar cerca de Birgegio, y así pasó lo que le quedaba de la vida con mayor gusto y ansias de los bienes del Cielo.

Llegó á cien años de vida; y para mayor merecimiento y corona suya, fue muy fatigado de la hidropesía y de otras enfermedades. Un año antes de que falleciese supo el día y hora de su muerte; y aunque estaba, con la edad y con las enfermedades, exhausto y consumido, comenzó á darse á mayor rigor de penitencia, ayunos y vigilia, y á ocuparse más tiempo en la oración; **y en la Cuaresma de aquel año le fue revelada la destrucción de Vizcaya, que después sucedió, y avisó á los príncipes de aquella provincia del castigo de Dios que había de venir sobre ella por sus pecados, para que los llorasen y con la penitencia aplacasen al Señor.**

Un sacerdote llamado Abundancio, haciendo poco caso de lo que el Santo les pronosticaba, le dijo: *Padre: ya, con la edad, chochea.* El Santo respondió: *Abundancio, tú serás uno en quien se confirmará mi verdad;* y así fue. Llegado ya su bienaventurado fin, envió á llamar un santo sacerdote, por nombre Assele, amigo y familiar suyo, y en sus manos salió aquella bendita alma para volver á su Criador y gozar enteramente de su bienaventuranza.

Luego que se supo en Birgegio que era muerto, vinieron adonde estaba su santo cuerpo, y con gran devoción y solemnidad le sepultaron en su iglesia, haciendo nuestro Señor muchos milagros para manifestar la gloria de su siervo el bienaventurado San Millán. Todas las iglesias de España celebran su fiesta el día 12 de Noviembre. Vivió San Millán siendo rey de los godos Atanagildo, por los años del Señor de 554. Su cuerpo está

en un insigne monasterio de la Orden de San Benito, llamado *San Millán de la Cogulla*, que se fundó en el oratorio donde murió; y en toda Castilla la Vieja es muy celebrada la fiesta de San Millán.

Hay muchas parroquias de la advocación de San Millán en toda España: en la de Madrid se le celebra con grande solemnidad.

**La Misa es en honor de San Martin, y la oración la siguiente:**

**¡Oh Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Martín! Concédenos propicio que experimentemos los efectos de su protección cuando celebremos su nacimiento á la Gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.**

**La Epístola es de la primera del apóstol San Pedro , cap. 4.**

**Carísimos: Alegraos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegréis también y os regocijéis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, seréis dichosos; porque el honor, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladrón, ó maldiciente, ó acechador de los bienes ajenos. Pero sí como cristiano no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre. Porque es tiempo de que comience el juicio por la Casa de Dios. Y, si primero nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen el Evangelio de Dios? Y, si el justo apenas se salvará, ¿en dónde parará el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.**

## REFLEXIONES

***Cuando tuviereis parte en los trabajos de Jesucristo, alegraos. Con todos los fieles habla el santo apóstol; pero ¿comprenden todos los fieles el verdadero sentido de esta celestial doctrina? Esos hombres mundanos y carnales ¿entran bien en el espíritu de este gran Maestro de los cristianos? ¿Toman el gusto á la importancia de esta lección? Y aun las mismas personas religiosas; aquellas almas consagradas al servicio de Dios por sus votos y por su estado; aquellos que hacen profesión de virtuosos, ¿sienten y discurren acerca de las aflicciones y trabajos como sentía y discurría el apóstol San Pedro? Por poca religión que se tenga, todos están convencidos de que la vida cristiana es vida de cruz y de penitencia. Exclama San Agustín: Quemad, Señor, cortad y no perdonéis en este mundo á un pecador: dichoso él, si de esa manera se puede libertar de las penas eternas que tiene tan merecidas. Así discurrieron los santos; ¿y en qué consistirá que nosotros no discurremos de la misma manera? Las adversidades nos acuerdan que servimos á un Señor que murió en una cruz por nuestro amor, y que los trabajos, por decirlo así, quedaron como consagrados en su persona. Nunca debe un cristiano perder de vista este divino modelo. El Calvario debe ser la escuela de todos los cristianos, y Jesucristo en la cruz el ejemplo que deben copiar para agradarle. A vista de este espectáculo enmudece la naturaleza, las pasiones atemorizadas se retiran, y el amor propio se ve obligado á esconderse; á vista de este espectáculo se nos hacen gustosos y venerables nuestros trabajos, y reconocemos sensiblemente la monstruosa indecencia de un cristiano que quiere ser más dichoso en el mundo que lo fue el mismo Dios que adora, cuando por nuestro amor anduvo visible en la Tierra.***

**El Evangelio es del cap. 11 de San Lucas.**

**En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á Mi, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios, para ver si tiene con qué acabarla, á fin que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar y no pudo acabar? Ó ¿ qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.**